



Universidad
Carlos III de Madrid



Versión “preprint” del documento publicado en:

Francmasonería (Pensamiento, historia y estética). Oviedo: EntreAcacias,
2016, pp. 31-44.



¿RENOVACIÓN DE LA MASONERÍA? DE LA ILUSTRACIÓN A LA POSTMODERNIDAD

Dr. Iliá Galán Díez, Universidad Carlos III de Madrid.¹

Palabras clave: Masonería; Filosofía; Ilustración; Postmodernidad; Método; Pedagogía; Diversidad.

Si la masonería se identificara con una mera doctrina, la evolución de ésta, debida a detractores y partidarios, se habría desgajado probablemente hace mucho en ramas divergentes que difícilmente podrían armonizarse hoy. Pero la francmasonería se caracteriza más como método de formación, una pedagogía o un talante al que subyace una filosofía abierta destinada al perfeccionamiento del ser humano y de la humanidad en su conjunto, que como un sistema de ideas cerrado, lo cual implica entonces, sin embargo, que existe un conocimiento a enseñar, unos modos y unos comportamientos, es decir, una ética o moral, que se desarrollan en un método simbólico (los símbolos por su naturaleza abierta -en cierto sentido ambigua- no lo dan todo hecho al sujeto que conoce a través de ellos sino que le obligan a ser activo, cada cual ve más o menos una u otra cosa dentro del campo que designa ese símbolo, ello hace que siempre puedan enriquecer las experiencias con matices nuevos; el que conoce se realiza creando conocimiento a través del signo). La consistencia de una institución que mantiene tal proceso ha evitado la disolución propia de la pura diversidad, que es una tendencia natural en los desarrollos ideológicos.

Diversidad es una de las notas características de lo que en las últimas décadas se ha denominado con no pocas polémicas terminológicas como *postmodernidad*. Si bien no hay unanimidad en la fuerza o firmeza filosófica de tal movimiento, su persistencia ha hecho obligada una revisión de los presupuestos en los que se basa el pensamiento moderno y muy fundamentalmente los de la Ilustración. No obstante, pese a su íntima conexión, la masonería no parece ser exactamente lo mismo que lo que se entiende generalmente por pensamiento ilustrado. Esa afinidad ideológica hace sin embargo necesaria su revisión a la hora de atender a los envites postmodernos; el diálogo crítico refuerza, una vez ha sido aclarado, los conceptos que se tenían y siguen manteniéndose. Las peculiaridades de la sensibilidad postmoderna se vierten en las artes a través de cine, arquitectura o literatura como mezcla indiscriminada de todo, posibilidades sin criterio definido o igualación de cualquier criterio; el “todo vale” que hacen del relativismo se convierte en nuevo dogma; las jerarquías no existen, no hay sistemas ni verdad unitaria, etc. Semejantes perspectivas se intentan resolver de modo filosófico a través de Foucault y su arqueología del saber, Derrida y su deconstrucción, Lyotard, Glucksmann, Vattimo o Baudrillard entre otros autores que han sido puestos de moda en los últimos años en una sensibilidad que parte como una de sus fuentes de inspiración fundamentales en Nietzsche y el estructuralismo que pretende destruir la noción de un sujeto que ha sido sustituido por estructuras sociales, económicas, etc. El mundo postmoderno ha dejado de confiar en el valor de la razón para esclarecer la realidad y de esa misma razón parece haberse quedado únicamente con su aspecto más crítico: la crítica de la crítica crítica, pero sin añadir apenas nada, sin contenidos. La razón sería un ideal, una fe a la que no asienten. Por ello no se confía en un orden u órdenes que estructuren de modo fiable el mundo, no se admiten las jerarquías teóricamente en nada, cualquier cosa puede tener el mismo valor

¹ Editado en el libro: *Francmasonería (Pensamiento, historia y estética)*, Oviedo, EntreAcacias, 2016, págs. 31-44.

que cualquier otra, en cierto modo nada tiene valor, no hay criterios y difícilmente puede haber otra ética que la del mantenimiento del conjunto en el que la variedad en sí misma es la que importa, el pluralismo, de modo que una corriente de pensamiento no impere sobre otras. El único dogma sería el de que ningún sistema se imponga por encima de los otros; a modo de teología negativa, el relativismo postmoderno que defiende el mestizaje cultural como remedio parte de los excesos de la razón, de los monstruos que los sueños de la razón producen y que, más graves que los grabados por Goya, han devastado el mundo curiosamente a partir de buenas intenciones: positivistas, excesos de ciertas versiones del liberalismo económico que no se preocuparon de la cuestión social, y el ejemplo paradigmático del marxismo. El culpable, según estos autores, sería el ideal. Por el ideal platónico Occidente habría impuesto el cristianismo denigrando lo corporal, por el ideal también habría impuesto la industrialización y no pocas ideologías que han pervertido al resto del planeta -como si antes de esos acontecimientos el mundo fuese perfecto-. El caso del marxismo y algunas de sus variantes socialistas o anarquistas sería especialmente notorio: buscando un ideal de progreso, un bien general, a través de un determinado desarrollo que se pretendía científico, encontraron los Gulag o los campos de concentración y exterminio del estalinismo junto a la devastación cultural de millones de personas en numerosos países del mundo. Igualmente, del cristianismo salió la Inquisición, de la Revolución Francesa se desembocó en la guillotina, de la efervescencia cultural alemana de principios de siglo se pasó al nazismo. El resultado sería devastador en cada uno de los intentos hechos por alcanzar el ideal. La conclusión de algunos de estos autores es que hay que expulsar cualquier ideal, relativizar. Quedaría una ética mínima basada exclusivamente en la tolerancia para mantener el pluralismo, pero sin principios fijos ni racionales que le dieran otra consistencia que la meramente práctica. Al no haber fundamentos, al carecer de bases seguras, sin ni siquiera poder tomarse en serio un pensamiento escéptico, quedaría como fondo una cierta base irracional, la razón como juego, uno más entre otros, sociedad de máscaras sin rostro, porque detrás de cada careta podría encontrarse otra, y así sucesivamente. A eso se añade la idea ya vieja de que no puede crearse pensamiento nuevo porque todo es reestructuración o combinación de lo anterior, restos de lo ya dado, y el fragmento impera sobre el todo del que debiera formar parte (consideración tampoco novedosa si se recuerdan las disputas bizantinas o el mítico *nihil novum sub sole*). Esto, unido a ciertas incoherencias de quienes en modo alguno buscan un saber articulado o sistemático sino que se contentan con jugar con las ideas ha sido denominado en alguno de sus principales exponentes, véase Deleuze, como el *pensamiento débil*. Con tal actitud se pretende acceder al siglo XXI, con una reacción frente a lo moderno e ilustrado.

La Ilustración, en efecto, sin necesidad de analizar características de sobra conocidas, proclama unas razones fuertes en torno a las que se engarza el resto de los pensamientos. Junto a las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, subyace la unidad como algo que a través de la razón integra las pluralidades, y que, históricamente, se impuso en parte como dirección monolítica (los modernos arrollaron con lo antiguo, que terminó viéndose negativamente; las tradiciones eran superfluas para la Revolución, el gótico fue despreciado por algunos ilustrados como arte bárbaro, y algunos países del bloque socialista fueron devastadores con los vestigios de su pasado) lo cual provocó la reacción romántica de la que deriva como apéndice extremo el fenómeno postmoderno. La ilustración se basó en una razón y en unos ideales con los que pretendía educar, reformar, mejorar o perfeccionar al conjunto humano. De buena parte de estos ideales participaron no pocos masones; es sobradamente conocida la influencia de las logias masónicas en la estructuración de las sociedades democráticas, libres y pluralistas que hoy disfrutamos en

Occidente; su explosión más visible fue la Revolución Francesa. Sin embargo, el cambio de mentalidad de cada época deja una impronta cultural diferente ante la que los miembros de las instituciones no pueden permanecer ajenos si quieren lograr eficazmente sus propósitos.

A las puertas del siglo XXI, la masonería en su conjunto propone claves que no pueden ser desestimadas ante los nuevos conflictos sociales y humanos que han surgido con la época en que vivimos. El desmoronamiento de la llamada modernidad por parte del *pensamiento débil* no arregla situaciones de emergencia que se reproducen hoy escandalosamente: el fanatismo religioso y los nacionalismos vuelven, problemas acuciantes de tipo ecológico, sociales (las cuestiones del feminismo, insumisión, pacifismo, parejas de hecho, aborto, eutanasia, homosexualidad...), el paro, el desmantelamiento de los sistemas comunistas en formas profundamente injustas de mafias corruptas, las drogas, la economía globalizada y la atomización cultural del relativismo en medio de un paisaje estándar impuesto por los medios de comunicación de masas, problemas éticos (ingeniería genética, manipulaciones, experimentación con embriones o adultos), las nuevas estructuras del hombre urbano (ordenadores, internet, etc.)... Ante todo esto, los valores meramente ilustrados del s.XVIII y los del s.XIX no alcanzan respuesta porque muchos de estos asuntos no existían entonces. Las perspectivas, además, se han modificado también; aunque el ser humano, en cuanto tal, sigue teniendo los mismos conflictos elementales: nutrición, sexualidad, educación, necesidad de amar y ser amado... Necesidades que en nada difieren de las que tenían los habitantes del Imperio Romano. Sólo las costumbres y las ideas acerca de la vida y el mundo han sido transformadas, pero nuestra “materia humana” -no así nuestro entorno- sigue siendo la misma. Ello hace que la masonería, lo mismo que otras instituciones con un pensamiento integrador, crea tener una posición ventajosa para dar respuesta -aunque no sea en rigor esa su función específica- a las nuevas demandas “espirituales” o culturales del mundo actual. Si los ilustrados desarrollaron una visión eminentemente unitaria y la postmodernidad se ha centrado en la diferencia, la masonería admite y desarrolla ambas. La diferencia pura puede llevar a núcleos sociales aislados incomunicados y por tanto predispuestos a chocar si no hay un diálogo o entendimiento general que los articule. La unidad que no respete la diferencia la arrasará como fue arrasada en los sistemas de orientación marxista; la diferencia abundante pero sin unidad se descompone en su autodestrucción por las injusticias que genera, pero la igualación por lo bajo no conlleva menos problemas: porque uno sea cojo no todos debemos cortarnos las piernas sino más bien intentar lo contrario. La masonería participa de unos principios elementales que admiten la riqueza plural de razas, culturas, religiones y opciones profesionales o personales. Hay pluralidad pero armonizada por cierta unidad basada en lo meramente humano, universal y base primera, y esa universalidad no excluye las particularidades. Lo postmoderno tiende a dejar como residuo el caos de los grupos interconectados por multitud de medios comunicativos pero sin un lenguaje que traduzca realmente y haga comprensibles de unos a otros sus aspiraciones mutuas. De los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, el más aceptado y logrado en la historia reciente de la humanidad es el de la libertad; la igualdad de todos ante la ley fue deformada por el estalinismo como igualación física a veces a partir de lo más bajo, y todavía en la actualidad padece malentendidos, aunque también parece cierto que sin cierta nivelación social y económica es difícil una igualdad real ante la ley; pero, más o menos se ha cumplido, o al menos se ha reconocido como necesaria. Parece ser la fraternidad la más frecuentemente olvidada del grupo de máximas que en su momento fueron calificadas de revolucionarias. Si hubiera verdadera fraternidad, cierta igualdad se daría de suyo (entre

hermanos bien avenidos el trato es directo, se vive en un mismo plano de cariño y afectos) y la libertad también: por querer para los otros lo mejor, poco puede ser más querido que la libertad. Estos elementos de los cuales el mundo postmoderno parece haberse quedado casi únicamente con el de la libertad y cierta igualdad, fundamentan junto a la idea de Dios o Ser Supremo que organiza o unifica el universo -abandonada en el discurrir postmoderno como inútil- la masonería clásica y hacen que esté integrada: lo divino como factor unificador de lo natural y de lo humano, tal y como ya lo vieron reconocidos pensadores francmasones, véanse Goethe, Lessing, Fichte o Krause, y, de otro modo, Voltaire. Esto permite que la concepción y la práctica ética del masón, basada en presupuestos elementales -no se puede ser completamente relativista: la tortura del inocente ha sido y será un mal evidente y grave para cualquier persona sensata, lo mismo que el robar al pobre, forzar la ablación del clítoris a quien no lo quiere, tratar con desprecio a los demás, destrozar familias por capricho, etc.- conviva con las diferentes interpretaciones de esos valores que cada persona en su concreta situación vital se adapta. Frente al relativismo absolutista que tiende a ser hegemónico en nuestros días (daría igual ser nazi que demócrata, tendrían similar valor el Quijote o un folleto publicitario de baja estofa, lo mismo que el bien y el mal, indistinguibles) se busca un algo firme en lo que asentarse sobre las arenas movedizas de los pensamientos de nuestra época. La masonería también se ha adaptado en parte a esa variedad e incluso a cierta y sana relatividad, tiempos ha habido en que, en algunas regiones, un masón divorciado era tenido por inmoral, y, por estatutos, era y es obligación la práctica de las buenas costumbres. Qué entienda cada cual por buenas costumbres es diferente, pero entre los masones, virtudes en sentido amplio como la lealtad, los buenos sentimientos, la sinceridad, la amistad, el respeto o la generosidad son tenidas como indispensables. Ello ha permitido que francmasones que habían jurado lealtad a las autoridades civiles legítimas hayan participado o protagonizado revoluciones sin por ello haber sido necesariamente tachados de inmorales, ya que depende de qué concepto se tenga individualmente de legitimidad -para unos basada en el pueblo, para otros en la tradición, etc.- se derivan divergentes actuaciones (el respeto a cada opción personal es clave en las trayectorias masónicas individuales). Lo mismo sucede con otras ideas; un masón amará su patria y puede ser nacionalista, o de religión islámica, pero no un fanático radical. El uso de una razón como útil, entre otros, para buscar la verdad, les une a la tradición ilustrada, pero lo mismo que el masón atiende a lo universal y a los valores fundamentales de la humanidad sin aplastar las particularidades, además de esa estimación por el correcto uso de la facultad racional, no cae necesariamente en un racionalismo radical u obtuso; el saber intuitivo, el que se realiza a través de afectos no es desdeñado: el uso habitual del simbolismo como fuente educativa y de transmisión de conocimiento lo certifica. Sin embargo, el extremismo irracionalista tampoco sirve para coordinar sus anhelos. La abstracción de sus principios permite, en su intrínseca ambigüedad, una gran diversidad de interpretaciones que con la práctica de la fraternidad ha de evitar problemas o animadversión entre sus miembros, lo mismo que se dan familias en las que la tolerancia natural que conlleva el amor no se resiente por las diferencias ideológicas. Hay más de lo que nos une que de aquello que nos diferencia y esto forma parte del ideal masónico, porque, pese a los pensadores postmodernos, es difícil llevar rumbo sin un objetivo -no todos los idealismos han producido desgracias o sólo catástrofes-, y gracias a ciertos ideales la humanidad ha podido desarrollarse y avanzar (por encima de sus retrocesos). El mito del progreso no se mantiene, pero perdura la idea de que es posible mejorar, mejorarse, y de que, en cierto modo, debemos mejorarnos y mejorar el mundo que nos rodea, o, en el peor de los casos, evitar empeorar (el pensamiento ecológico comenzó con la negación: que no se destruya). Por otra parte, el ideal no puede ser tampoco objeto de adoración ante el que haya que

sacrificarse completamente el individuo porque lo que importa es el hombre, más que la idea, y éste ser es algo, alguien práctico, más que teórico, terrestre y por tanto defectuoso según cualquier idealismo que se pretenda como perfecto. A partir de Kant y su *sapere aude* se entiende que cada uno tiene la necesidad de conocer por sí mismo lo que más le atañe, prejuicios aparte; el conocimiento se ha de mover en lo subjetivo pero con una intención de objetividad; en ese terreno intermedio la práctica sirve como reguladora. En la masonería se mantiene que no cualquier cosa es completamente igual a lo demás, que no todo vale lo mismo, que hay cosas o realidades mejores, y en cierto modo superiores a otras, que la igualdad ha de saber entenderse y que si hay unidad, no menos cierta es la diferencia, de ahí que se conciban jerarquías de valores, quizás móviles, elásticas, necesitadas de continuas redefiniciones (no es equiparable la novena sinfonía de Beethoven con el gruñido de un borracho que intenta cantar, ni el ayudar a alguien a ponerle la zancadilla). Esto hace compatible en cierto modo, con la moderación propia de las síntesis prácticas, el pensamiento ilustrado y el relativismo postmoderno, porque la masonería, aunque en la práctica personal haya muchas, en el fondo es sólo una, pues no se basa sino en las raíces fundamentales que por igual tienen todos y cada uno de los seres humanos por el mero hecho de serlo. Está, por decirlo así, más allá o más acá de los debates de ideas o mentalidades. De ahí la actualidad que estratégicamente puede tener en el mundo del pensamiento esta institución. Por ello, si, como dice Fichte en su carta III a Constant para explicar el objetivo de la masonería “el fin final de nuestra Orden es necesariamente el perfeccionamiento de todo el género humano”, necesita renovar constantemente su atención en cada sociedad en que se desenvuelva adaptando sus métodos y su sensibilidad, su talante característico, pero sin dejar de lado lo universal, a las situaciones concretas de cada región, cultura o época. Estas son muchas, pero el ser humano sigue siendo en sus aspectos fundamentales exactamente lo mismo hoy que en los tiempos de Salomón. De este modo tal institución mantiene la posición intelectual adecuada para lograr en la práctica lo que en teoría ya tiene bastante resuelto. Las instituciones, al igual que los seres vivos, cuando no crecen tienden, en un mundo competitivo, a menguar.

La adaptación al medio es algo más que un simple requisito exterior. Sin lo exterior no es fácil concebir, en el mundo conocido por los sentidos, nada interior. Las instituciones tienden por su naturaleza a conservarse conservando lo unitario y sus principios y tradiciones; sin ello sería difícil el mantenimiento de algo de forma estable ante el embate deformante del tiempo, enemigos y amigos que lo van transformando y diluyendo. Pero su peligro característico es el agarrotamiento en la tradición, la pérdida de elasticidad, el anquilosamiento, el escolasticismo academicista en el desarrollo de sus ideas; y agua que no se mueve huele a muerte al pudrirse. Renovándose es como las instituciones se sienten con capacidad para responder a problemas nuevos, siendo verdaderamente útil su cometido. Sin embargo, las reformas provocan incomodidades a los que disfrutaban de un puesto demasiado estable, provechoso o cómodo, las novedades asustan y a veces pueden producir desavenencias, como las tuvieron grandes reconocidos masones, como las tuvo Lessing, J.G. Fichte, J.K.A.Ch. Fischer, Fessler o Krause (y en menor grado Goethe). Varias veces han sido transformados en parte rituales y modos, a veces desgajándose en ramas enfrentadas: iluminados en la Alemania del s.XVIII o comuneros que terminaron enfrentándose a la masonería reconocida de la que habían surgido en la España del s.XIX. En cualquier caso, sin la adaptación al medio, llegaría inevitable la extinción de los dinosaurios, grandes pero inexistentes ya. Las grandezas tienden a perseguir la perduración. El sentido común y la buena intención facilitan el curso de un movimiento renovador, manteniendo al margen ambiciones desmedidas que más tienen

de vicio que de virtud, y engrasan el motor de las instituciones; sin ese aderezo, que es fundamento, sin el denominado “espíritu fraterno” y conciliador, se hace difícil la evolución, y el motor puede acabar reventando con los roces. Pero de poco serviría ese impulso si no sirviera para traer el futuro hacia el que se desplazan y tienden. Las primaveras son incómodas para algunos que sufren el polen de las flores, la inconsistencia del clima, las lluvias estridentes y el rebrotar a veces inesperado de los seres, pero después, y sólo gracias a que la primavera pasa, llegan, cuando llegan, los frutos esperados.